

## UN INVENTO ORIGINAL.

Siempre creí que nunca podría trabajar en algo distinto a mi oficio de profesor, pero sin posibilidad de ser contratado como docente, tuve que ingeniármelas en algo que jamás imaginé. Junto a cuatro amigos, que también habían quedado en la calle, organizamos una empresa orientada a la venta de artículos de seguridad industrial. Al mes, el grupo se fue achicando y terminé quedando solo con mi yunta Zamora, él, ingeniero y yo profesor.

Recorríamos las industrias y empresas más grandes de Santiago, ofreciendo zapatos de seguridad industrial, cascos, guantes, lentes y protectores de oídos. Sin capital y carentes de dinero, sobrevivíamos revendiendo los artículos que previamente habíamos agenciado en concesión. Luego de cada nota de venta descontábamos la comisión convenida con quien recomendaba la compra de nuestros implementos, desde luego, a cambio de alguna tajada que solo nosotros sabíamos quedaba para él. Era un mundo muy distinto a la universidad, alejado totalmente de las letras o literatura. Pero la necesidad tiene cara de hereje dicen, y a pesar de no tener idea del mundo de las ventas muy pronto dominaba a la perfección las características de cada artículo, encomiando su escaso precio y alta calidad.

Del mismo modo que buscábamos compradores para nuestros artículos, intentábamos concesionar nuevos productos. Una vez leímos el aviso de una persona que ofrecía un nuevo y revolucionario casco de seguridad. Nos picó la curiosidad y decidimos ir a verlo. La dirección señalaba Avenida Américo Vespucio

cerca de Santa Rosa. Después de preguntar por aquí y por allá, finalmente encontramos el lugar. Era un edificio viejo, más bien destartado, lo llamativo era un letrero colocado sobre una puerta de latones, decía con grandes y cuidadosas letras, "INVENTOS." Luego que golpeáramos con una piedra la puerta de planchas de zinc apareció un individuo de aspecto extranjero, con ojos muy azules y un tanto desorbitados. Tan flaco que si lo hubiéramos despojado de su overol azul quizás hubiéramos hallado solo un esqueleto. Manos en la cintura. Nos preguntó--- " Se puede saber que los trae por acá"---

--"Venimos por el aviso " ---dije --- y señalé el recorte del diario que Zamora tenía en sus manos.

---"Ah, por el aviso---, entonces, vienen por el casco "---- dijo, y nos invitó a pasar. Cruzamos un pasillo largo, también con paredes de lata, que mientras lo cruzamos parecían brillar. El corredor desembocaba en un cuarto con una puerta que aparentemente conducían a otra habitación que permanecía cerrada. De pronto se detuvo. y comenzó a explicarnos las bondades de su casco .

---"Mi casco, señores, tiene un diseño único"...

Mientras hablaba nos mostraba ceremoniosamente unos dibujos hechos a lápiz que había sacado de un estante que lucía atiborrado de papeles y archivadores.

---"Mi casco, tengan la seguridad, va a revolucionar el uso de esta fundamental herramienta de protección laboral--"

Tras cada palabra, sus ojos parecían encenderse más. Semejaba una calavera parlante con dos ojos azules enormes casi saliendo de sus órbitas al ritmo agitado de su voz.

La situación que vivíamos era bizarra, casi surrealista, pero nos mantenía expectantes por conocer el casco, que a cada momento nos parecía más fabuloso y lleno de cualidades.

Después de un rato de charla, de improviso guardó silencio, nos miró como si estuviéramos a punto de conocer un secreto maravilloso y nos anunció que íbamos a tener el privilegio de conocer su invención. Abrió la puerta que permanecía cerrada y pasamos a otra habitación. El lugar estaba muy iluminado aunque a primera vista no vimos foco ni ampolleta alguna, era una pieza vacía de muebles, salvo una mesa pequeña, sobre ella reposaba un casco de una forma extrañísima, con una visera mucho más larga y ancha que los comunes que vendíamos nosotros. Remataba su singularidad el estar pintado de un color rojo furioso.

Cuando nos acercamos a la mesa, el inventor nos dijo con marcada emoción.

-- "Ahora presenciarán las bondades de mi casco-- y sabrán que no miento".---sus palabras resonaron con tono solemne, cuando con la agilidad de un gato, tomó con ambas manos un grueso palo que estaba apoyado junto a la mesa y comenzó a dar golpes como desaforado sobre el dichoso casco. Pero no contento con el apaleo continuó la misma operación con un fierro que no nos dimos cuenta de donde había aparecido. Veíamos con asombro cómo, a pesar de la lluvia de golpes frenéticos, el casco no mostraba ni la más mínima abolladura. Tan sorpresivamente como había iniciado la ceremonia del apaleo y los fierrazos se detuvo y le dijo a Zamora.--"Ahora, póngase el casco"....

Mi amigo que era considerablemente más alto y fornido que yo, se acercó a la mesa, lo tomó con ambas manos y lo alzó con dificultad. En cuanto se colocó el

invento revolucionario, observé con asombro que la cabeza de Zamora pareció hundirse entre sus hombros.

---¡Qué le parece, cómo lo siente...?-----

Mi amigo no respondió, pálido, haciendo esfuerzos y con el mismo problema con que lo había levantado lo depositó a duras penas sobre la mesa.

El inventor loco, porque a esas alturas no nos cabía duda que tenía más de un cable pelado, insistía en que yo también probara las bondades de su prodigioso casco.

---Vamos, ahora usted, pruébeselo --- repitió, dirigiéndose a mí.

---Gracias, pero basta con la prueba de mi amigo ---respondí-- y con una mirada que intercambiamos con Zamora, nos dijimos tenemos que salir de aquí.

Nos despedimos agradeciendo y con la promesa de volver para poder comercializarlo. Caminamos callados y a paso lento hasta la salida, pero junto con pisar la calle nos miramos y a la par estallamos en risotadas. El singular casco construido con placas y más placas de fierro reforzado, era indestructible, pero a la vez de un peso insoportable.

Apoyado en las latas de la puerta, Zamora casi doblado en dos por la risa, comentó :

---"Menos mal que no te lo pusiste, habrías quedado clavado en el piso para siempre"—

No parábamos de reír convulsivamente mientras entre carcajadas nos encaminamos a nuestro vehículo. Había transcurrido una hora o más, desde nuestra llegada y ya estaba oscuro cuando eché a andar el auto. Encendí las luces y miré por última vez el lugar. Fue entonces, estoy seguro que fue así, se

movieron las letras del letrero. Una a una, semejaron bailar, al formar la palabra INVENTOS. El cartel publicitario, afirmado milagrosamente sobre la puerta de latones, parecía venirse al suelo, riéndose, también, de nosotros.